

á toda civilizacion adelantada, y enemiga de todas las leyes del Estado.

No se puede desconocer, sin embargo, que en las obras de Porfirio existen elementos cristianos, y muy particularmente en la carta dirigida á su mujer Marcela ¹, y que se vió obligado á confesar que hay testimonios sólidos en favor de la santidad de Jesucristo. Objeto análogo movió á Hiérocles, gobernador de Bitinia y prefecto de Alejandria, en tiempos de Diocleciano, á componer su *Discurso verídico*: para atraer á los Cristianos al Paganismo, repite en parte las objeciones de Celso y de Porfirio, y compara los milagros de Jesús con los de Apolonio de Tiana ²: Decís que Cristo es Dios porque ha vuelto la vista á algunos ciegos y hecho algunas otras obras del mismo género; pero los griegos no consideran Dios al grande Apolonio, á pesar de sus numerosos milagros; solo le tienen por un hombre querido de Dios. Todos estos ataques fueron mas adelante rechazados vigorosamente por Eusebio.

Observacion. — Hay mucha variedad en el número de las persecuciones. Despues del siglo IV se han contado ordinariamente diez, tratándose por esto de aludir á las diez plagas de Egipto ó á la bestia de diez cuernos del Apocalipsis ³. Tambien se difiere en la enumeracion de estas diez persecuciones; pero se admiten generalmente las indicaciones de san Agustin ⁴, á saber: I de Neron; II de Domiciano; III de Trajano; IV de Marco Aurelio; V de Septimio Severo; VI de Maximino; VII de Decio; VIII de Valeriano; IX de Aureliano, y X de Diocleciano.

¹ *Porphyrii*, lib. XV, en *Holstenius*, de Vita et Script. Porphyrii, Roma, 1630, et *Fabricius*, Bibl. gr. t. IV, p. 207 sig. *Methodio*, obispo de Olimpia (á principios del siglo IV), escribió contra él. Cf. *Ullmann*, Influencia del Crist. sobre Porph. (Estudios y crit. teológ. año 1832, 2.^a entrega).

² *Euseb.* cont. Hierocles. Col. 1688. Cf. *Lactant.* de Mort. persec. c. 16.

³ Éxodo, VII, 10; Apoc. XVII, 22.

⁴ *August.* de Civ. Dei, XVIII, 52. *Lactant.* l. c. no habla mas que de seis persecuciones. *Sulp. Severo* cuenta nueve.

§ LXIX.

Apologistas cristianos. — Su tendencia.

FUENTES. — Los apologistas griegos (*Justino, Atenágoras, Teófil. Tat. Hermias*), ed. *Prudentius Maranus*. Paris, 1742, 1 t. in f. Ven. 1747. *Fabricius*, Delectus argumentor. et Syllabus scriptor. qui verit. rel. chr. asseruerunt. Hamb. 1723, in 4. Cf. *Mehler*, Patrolog. IV, p. 188-313. *Ritter*, Hist. de la Filos. crist. t. I, p. 289-344.

Los Cristianos se defendian contra las mas crueles persecuciones soportándolas con paciencia, y contra las mas indignas calumnias refutándolas con calma. Así se defendieron especialmente aquellos de entre los Cristianos que habian sido instruidos en las letras humanas ó en la jurisprudencia de Roma: así tambien un discípulo inmediato de los Apóstoles, el autor de la carta á Diognetes, habia refutado á la vez las calumnias y las falsas acusaciones de los Paganos, y justificado á los Cristianos, describiendo la vida de estos con una simplicidad inimitable. Mas adelante, segun el testimonio de Eusebio, el filósofo Aristides y el obispo Cuadrato de Atenas dirigieron al emperador Adriano apologias del Cristianismo, las que se han perdido, así como las de Meliton, obispo de Sárdica, de Apolinar de Hierápolis, y de Milciades, dirigidas á Marco Aurelio ¹. Por fortuna la posteridad ha conservado un completo modelo de estas sencillas y elocuentes defensas de los primitivos Cristianos en la gran apologia dirigida á Antonino Pio y la pequeña apologia á Marco Aurelio por san Justino ². Este filósofo, no satisfecho con los sistemas filosóficos que habia estudiado, y movido de entusiasmo con el espectáculo de los Mártires cristianos, abrazó arduosamente el Cristianismo, sellando á su vez su fe con su sangre (hacia el 167). Su discípulo Taciano

¹ *Euseb.* IV, 3; *Hieronym.* de Vir illustr. c. 19, 20; *Euseb.* IV, 26, 27; *Hieronym.* l. I, c. 26; *Euseb.* V, 17; *Hieronym.* l. I, c. 39.

² *Just.* Apol. I y II. ed. *Braun*. Bonn, 1830. Cf. *Arendt*. Investig. crit. sobre los escrit. de Just. en la Revista Trim. de Tub. 1831, 2.^a entrega. *Semisch*, Justino Mártir, monografía ecles. P. 1. Berl. 1840. *Otto*, de Justini martyr. scriptis et doctrina. Jen. 1841. *Id.* ed. Just. Opp. Jen. 1842.

atacó y desenmascaró con apasionado lenguaje las ignominias del Paganismo (hacia el 170). Atenágoras, filósofo ateniense, rechazó con tanta dulzura como dignidad las acusaciones de ateísmo y de incesto en su apología dirigida á Marco Aurelio, procurando demostrar en ella filosóficamente el dogma de la resurrección escarnecido por los Paganos, y convencer al Emperador con el ejemplo de los Cristianos, que no eran indignos de su soberana protección. Teófilo, obispo de Antioquía (desde el año de 170-180), escribió poco después tres libros al pagano Antóico, y en un estilo tan elegante como puro delineó las divisiones intestinas y la insuficiencia patente del Paganismo ¹. En los sarcasmos de Hermas contra los filósofos paganos cuyas contradicciones se propuso demostrar, se nota por lo comun bastante oscuridad, y rara vez la gravedad necesaria. Por el contrario Clemente de Alejandría, varón de una ciencia profunda y de una cultura elevada, se esforzó en atraer poco á poco á los Paganos á la convicción de la virtud del Cristianismo por medio de una demostración gradual, enteramente conforme á las necesidades de la humana naturaleza ². Orígenes, el mas ilustre de sus discípulos, guardó en un principio silencio, como el Salvador en presencia de Pilatos, no juzgando bastante importantes para poder extraviar á los verdaderos creyentes los libelos de Celso y consortes. Pero poco después compuso á instancias de su amigo Ambrosio, y en respuesta á los ataques de Celso, la apología del Cristianismo, la mas completa y la mas pura de aquella época y de los siglos posteriores ³.

En Occidente, la defensa mas antigua del Cristianismo es el *Octavio* del africano Minucio Félix (á Marco Aurelio ó á Antonino), la cual es un diálogo de buen estilo, del género de las *Tusculanas*: en él, el pagano Cecilio presenta las objeciones mas comunes de aquella época; el cristiano Octavio las refuta, y Cecilio acaba por exclamar: «Los dos hemos triunfado: tú de mí, yo del error ⁴.» Mas hábil y mas elocuente que todos sus predecesores,

¹ *Euseb.* IV, 20; *Hieronym.* de Vir. ill. c. 25.

² *Clem. Alex.* (Opp. omn. ed. Potter. Oxon 1713, II t. Venet. 1753, 1).

³ *Orig. Contr. Cels.* lib. VIII, ed. Spencer, Cantabr. 1677. (*Orig.* ed. Delarue, t. I).

⁴ Ed. Lindner. Longos. 1773.

res, emprendió victoriosamente Tertuliano en su *Apologético* ¹ la justificación política de los Cristianos. Cipriano, santo y elocuente obispo de Cartago, pidió á su vez que se perdonase á los Cristianos, demostrando la vanidad de los ídolos, que ellos rechazaban ². Por último, el retórico africano Arnobio, de perseguidor convertido en fiel, dió al comenzarse la persecución de Diocleciano una prueba auténtica del espíritu cristiano que le animaba, escribiendo contra los gentiles siete libros, en los cuales descubre los vicios y absurdidades del Paganismo, y defiende brillantemente la doctrina evangélica ³.

Todas estas apologías se reducen á tres puntos principales: 1.º Tienden á refutar las acusaciones de ateísmo ⁴, de crímenes contra la naturaleza, de alta traición, etc.; responden á la objeción de novedad, exponiendo la armonía del Antiguo y del Nuevo Testamento, y demostrando que el Cristianismo es mas antiguo que todos los sistemas filosóficos, con los cuales no puede confundirse, como pretendían los Alejandrinos; y últimamente, reclaman contra la ilegalidad de las sentencias pronunciadas contra los Cristianos.

2.º Demuestran que el Paganismo es el extravío mas monstruoso del espíritu humano, apoyándose en la inmoralidad y locura de tantos cultos diversos, y en la general corrupción de costumbres de los Paganos, destituidos de todo medio vivo y verdadero de moralización y depuración. «El Paganismo y el Politeísmo solo «han podido encontrar acceso en corazones oscurecidos y corrompidos por el pecado,» pues el culto de los Paganos no es mas que el culto de los demonios ⁵.

3.º Por último, exponen la pureza de la doctrina cristiana, tan conforme á la razón que el alma humana, cristiana naturalmente,

¹ *Tertull.* ad Nation. lib. II; ad Scap. Procons. (Opp. omn. ed. Havercamp, c. perpetuo commentario Lugd. Bat. 1718, ed. Ritter, Bonn. 1824). *Hefele*, Tertull. como apologista. (Tub. Rev. trim. 1838, 1.ª entrega, p. 30).

² *Cypr.* ad Demetrian. de idolor. vanitate. (Opp. omn. Venet. 1728).

³ *Arnob.* Disput. adv. gent. lib. VII, ed. Orelli. Leipz. 1816, additam 1817. (*Gallandii Bibl.* t. IV, p. 131-216. Cf. *Meyer*, de Ratione et argumento apologetici Arnobiani. Havn. 1815).

⁴ *Justin.* Apol. I, c. 6 et 13.

⁵ I Corint. x, 20. *Justin.* Apol. I, c. 9; II, c. 10.

la comprende desde luego. Esta doctrina se halla confirmada de hecho por el cumplimiento de las profecías, y transmite á los hombres una fuerza enteramente divina, probada á los ojos de todos por la vida noble y pura de los Cristianos, tan opuesta á la grosera de los Paganos. El Cristianismo, léjos de ser el origen de las calamidades públicas que se le atribuyen, es su remedio y consuelo mas seguro: disminuye el número de los pecadores, y aumenta el de los mediadores cerca del Dios único del cielo y de la tierra.

Hay que advertir, sin embargo, que suelen encontrarse en estas apologías algunos errores y exageraciones, siempre que refutan el Paganismo; y que se apoyan erradamente en el libro de un antiguo sábio persa, llamado Histaspes, y en los falsos oráculos sibilinos ¹.

§ LXX.

Los Mártires de la Iglesia católica.

Os envío como corderos en medio de los lobos.

Mat. x, 16; Luc. xxiv, 48.

FUENTES. — *Lactant.* de Mortib. persecutor. *Tertull.* Lib. ad martyr. *Orig.* Exhortatio ad martyrium. *Cypr.* ep. 11 ad martyr. *Gallonius*, de SS. Martyr. cruciatib. Roma, 1594. — *Sagittarius*, de martyr. cruciatib. Franc. et Leipz. 1696, in 4. — *Prudentius*, hymni XIV. (Opp. ed. Daventriae, 1492, in 4. Recens. et adnot. illustr. *Chr. Cellarius*. Halle, 1733, in 8. Recens. ed. *Faustus Arevalus*. Roma, 1798, 99, in 4). — *Chateaubriand*, los Mártires, 2 vol. *Perrone*, Praelection. theol. Roma, 1833, 5, I. p. 186-206. *Staudenmaier*, Espíritu del Cristianismo, 3.^a ed. t. II, p. 966.

La conducta observada con los Cristianos por algunos emperadores, tales como Neron, Maximino, Decio, Diocleciano y Galerio, y el uso de las espantosas torturas inventadas contra los discípulos de Jesucristo no pueden dejar duda acerca de los nume-

¹ *Justin.* Apol. I, c. 20.

rosos y crueles padecimientos que hubieron de soportar. Lo que tanto habian admirado los romanos en su Mucio Scévola y en su Régulo, fue cosa comun y ordinaria entre los Cristianos ¹, y procurar sostener lo contrario con Dodwell ² es hacer alarde de ánimo mezquino y prevenido. Asimismo no existe fundamento para sostener que la vana ostentacion ó un ciego fanatismo fueron los móviles de la conducta de los Mártires. ¿Por ventura no es sabido que los mas esclarecidos Doctores de la Iglesia motejaban frecuentemente á los que se ofrecian al martirio, llevados de un inconsiderado celo? Morir por Dios á fin de llegar á la conciencia de su amor para con Dios, probando de hecho la extension de este amor; morir por su fe, mas preciosa para un cristiano que la vida terrestre; morir por Jesucristo á fin de ser reconocido por él en presencia de su Padre celestial, tal era el verdadero y triple fundamento del heroismo de los Cristianos cuando marchaban al martirio. Ellos sabian que era necesario para ser reconocidos por el Maestro, reconocerle en presencia de los hombres ³. Los que confesaban su fe en Jesucristo, sellándola con su propia sangre, eran *testimonios* de la divinidad de la Religion cristiana; los que confesaban á Jesucristo, corriendo el riesgo de perder su vida, su honor ó su bienestar sin alcanzar la muerte, eran *confesores*. Los Cristianos, consagrándose de este modo generosa y alegremente á la muerte, por otra parte tan llena de terror, contribuyeron en gran manera á consolidar y propagar la Iglesia de Jesucristo. La sangre de los Mártires, dice Tertuliano, es una semilla de cristianos. El martirio es uno de los caracteres propios de la Iglesia católica.

¹ *Minut. Felicis* Octav. c. 37. *Lactant.* Instit. div. V, 13. Los perseguidores se servian de anillos de hierro, agua hirviente y plomo derretido: quemaban las heridas, ataban los piés á troncos unidos, que despues se desunian repentinamente; pero el martirio mas cruel era el deshonor de que eran víctimas las mujeres y las vírgenes.

² *Dodwell*, de Paucitate martyr. (Diss. Cyprianica XII), refutado por *Ruinart* en el Prefac. ad Acta martyr. Cf. *Iren.* Contra haer. IV, 33, y *Euseb.* de Martyr. Palaestinae.

³ Mat. x, 32; Luc. ix, 20. Véanse tambien las palabras de Jesucristo que confortaban á los Mártires inspirándoles un santo entusiasmo, en Juan, iii, 16; x, 11, 17, 18; Mat. x, 24; Juan xv, 20; Mat. x, 28, 39; xvi, 25; Marc. viii, 35; Luc. iv, 24; xiii, 33; Juan, xii, 25, 26; Luc. vi, 22, 23.

Una con el cuerpo y en el cuerpo de Jesucristo ¹, la Iglesia se une también á él en el martirio de la cruz, y lo comparte. Solo sus adeptos mueren alegres y á millares por la fe, en tanto que los cismáticos y los herejes, ramas secas del árbol de la cruz, sucumben rara vez en el martirio ². Es inútil, decían estos, confesar su fe delante de los hombres; basta la confesion interior: el martirio es un suicidio. Estos son los sofismas de la cobardía, respondía la Iglesia católica, al anatematizarlos ³: su máxima invariable era que la comunión interior de los fieles debía realizarse en virtud de la comunión exterior. Cuando la fe existe en el corazón, se está pronto á confesarla abiertamente siempre que sea necesario: renegar de la comunión exterior de la Iglesia, es perder la unión interior con Jesucristo. En vez de separarse de Cristo, que es la vida, decían los Cristianos, «la muerte es una ganancia;» y el día del martirio era el verdadero día del nacimiento festejado por ellos ⁴. Pero ¡qué era la muerte despues del deshonor con que se procuraba amancillar á las vírgenes cristianas! Al paso que los apóstatas, que no solian escasear á veces, eran arrojados de la Iglesia católica, los que perseveraban en la fe, invisiblemente unidos á los Mártires, se complacian en proclamar sus nombres en las asambleas religiosas, y en reunirse sobre sus tumbas para celebrar allí los santos misterios y el glorioso aniversario de su nacimiento celestial, y para erigir en ellos capillas é iglesias, y honrar los cuerpos que habian servido de órganos á la glorificación de aquellas santas almas ⁵.

La iglesia de Esmirna fue la primera que, en la carta que escribió sobre el martirio de su santo obispo Policarpo, salió al encuentro de las calumnias paganas, diciendo en su religioso en-

¹ *Ignat. ep. ad Trallian. c. 11.*

² *Justin. Apolog. I, c. 26. Tertull. Scorpiace, c. 1: «Quum igitur fides aestuat et Ecclesia exurit de figura rubi, tunc Gnostici erumpunt, tunc Valentiniani proserpunt, tunc omnes martyriorum refragatores ebulliunt, calentes et ipsi offendere, figere, occidere.»*

³ *Clem. Alexand. Strom. IV, 4, p. 571. Cf. Strom. IV, 7, p. 582 sq. IV, 10, p. 597.*

⁴ *Kortholt. de Martyr. natalitiis in prim. Eccl. Franc. 1698. Sagittarii, lib. de Martyr. natal. in prim. Eccl.*

⁵ *Euseb. IV, 18. Ya sucedia en la muerte de san Ignacio y san Policarpo.*

tusiasmo ¹: «Reconocemos á Jesucristo por Hijo de Dios, y veneramos á los Mártires como dignos discípulos del Señor, admirando su divina caridad, y deseando imitar su heroica abnegacion.»

¹ *Euseb. IV, 15, nos ha conservado la carta.*